

horas. Pero Dios es tan bueno que cuando empezamos á envejecer, nos vuelve de espaldas al camino para que no nos asustemos demasiado; y así andamos por la vida: de espaldas á lo que nos falta que andar hasta la muerte. De cara á lo que hemos andado ya, que es la vida pasada, que se nos parece con mayor claridad. Y ahora yo recuerdo, recapacito miradas, silencios de vuestro tío, lo que nos parecía simpleza suya.

Asunción.—Y, ¿qué ves, abuelita, qué ves á lo lejos?

Señora.—Veo que vuestro tío ha debido ser muy desgraciado. Veo que era él antes que vuestro padre el que estaba enamorado de vuestra madre. Pero como ella se burlaba de él; como todos nos reíamos tanto, él nunca dijo nada y nadie lo entendimos.

Asunción.—¿Tampoco nuestra madre?

Señora.—No lo vió entonces, ni lo ha sabido nunca. Estoy segura de ello. Sólo yo, ahora, mirando á lo lejos, he visto claro.

Asunción.—Entonces, ¿tú crees que si tío Pablo vuelve á esta casa...?

Señora.—¿Dirá lo que no se atrevió á decir entonces...? ¡Quién sabe! ¿Lo sentiríais?

Teresa.—Yo, sí, mucho. Aunque tío Pablo se tan bueno como dicen, no puedo acostumbrarme á la idea de que nuestra madre vuelva á casarse. Claro está, que antes que con don Félix... Pero eso ya se que no puede haberlo pensado nuestra madre. ¡Qué hombre! Estoy deseando no verle más para arrepentirme, de una vez y con firme propósito, de haberle odiado tanto. Viéndole, es imposible.

Señora.—¡Pobre señor! ¡A mí, me divierte! ¡Es una ordinariez tan fina la suya!... A mí, estos plebeyos enriquecidos me hacen el mismo efecto que los criados de casa de mi padre. Cuando les veía á las horas de servicio, vestidos con la librea de la casa, me parecían muy bien, hasta elegantes y de buena presencia. Pero les llegaba un día de salida, se vestían á gusto suyo, y había que verlos! Un traje á cuadros, una corbata encarnada, un pañuelo azul. ¡Qué ridículos y qué ordinarios! Pero ellos iban tan satisfechos porque habían dejado su librea. Recuerdo que mi padre, cuando le hacíamos observar el contraste, nos decía siempre: Ahí tenéis, hijos míos; todos necesitamos una librea por dentro y por fuera: la propia de nuestra condición. Los colorines de la libertad son muy peligrosos. Pues eso me parece á mí de D. Félix. Estaría muy bien en su clase. Se ha quitado su librea y es el sirviente endomingado.

MINUTA

Continúa repitiéndose el caso de años anteriores, respecto á los presupuestos municipales. Desde el mes de Agosto debiera—según prescribe la ley—hallarse el presupuesto ya ultimado en poder del gobernador civil, para su aprobación, y, en efecto..... aún no ha empezado á discutirse, ni aún á tratar sus líneas generales.

¿Cual es la razón á que ha obedecido lo que no constituye una excepción, sino que es habitual, tradicional y legendario en aquella descuidada y abandonada casa? Que no ha sido posible reunir, no obstante el ya olvidado número de citaciones, número suficiente para la celebración de Comisión de Hacienda.

El cronista no conoce los nombres de los señores concejales que forman la Comisión de Hacienda y lo celebra en el alma, para quitar todo carácter personal á la censura. La hace colectiva, esperando que tal descuido, tal abandono, tal falta de interés dé el propio resultado que en años anteriores, preparando y discutiendo los presupuestos como el que cumple un compromiso y practica una fórmula. Así salen ellos.

Lamenta el cronista que esto suceda en un Municipio en que, á raíz de celebrarse las elecciones, hay, por lo menos, tres candidatos para cada vacante, y brinda el caso á los incautos electores, que otorgan su confianza á quien de tal modo responde á ella.

Al propio tiempo, á los concejales que de ese modo descuidan su misión les recuerda que no es el cargo para ser concejales de relumbrón, luciendo el fajín en procesiones y actos públicos, cuando asisten á ellos, hacerse respetar y saludar por los funcionarios municipales, y, si llegan á alcaldes, con el favor político, llevar tras ellos una sombra que no les abandone un instante. El cargo es para algo más, no debiendo, el que se crea faltar de voluntad, y buenos deseos, aceptarle, pues no es obligatorio. Si lo olvidan, el cuerpo electoral debe recordárselo, y con memoria de lo pasado repudiar á los que vayan á perseverar en tan poco laudable norma de conducta para lo futuro.

GIL

El periodista de provincias.

Sufre sin gloria, siembra sin provecho
y en constante luchar pasa la vida,
sin alcanzar la palma merecida,
ni encontrar su amor propio satisfecho.

Sus protectores tiénenle en acecho
y con halagos de amistad fingida
prepáranle en la sombra la caída
si defiende la ley con el derecho.

Se esfuerza en encumbrar, y el encumbrado
le olvida en el momento en que ha subido.
Suele hacer de un cualquiera un diputado

va siempre á la vanguardia del partido,
y después de vivir sacrificado
llega al fin engañado y preterido.

E. OSUNA.